

Tres vidas en el desierto
Jerónimo de Estridón

Introducción, traducción y notas
de Silvia Acerbi

E D I T O R I A L T R O T T A

La edición de este libro se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación «Heterotopías de la autoridad y de la sacralidad en el Mediterráneo cristiano tardoantiguo (siglos IV-VI)» (PGC2018-099798-B-I00) (MCIU/AEI/FEDER,UE).

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS

Serie Religión - Colección de Vidas

Dirigida por Ramón Teja

© Editorial Trotta, S.A., 2023
Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
E-mail: editorial@trotta.es
<http://www.trotta.es>

© Silvia Acerbi, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1364-195-9
Depósito Legal: M-27523-2023



Impresión
Gráficas Cofás, S.A.

*Para Cristina Campo que, junto a Luciana,
me descubrió a los Padres del desierto.*

*En recuerdo de Alba Maria Orselli,
que me iluminó el trasfondo de sus palabras.*

CONTENIDO

<i>Introducción general</i>	11
El autor: una breve biografía	13
Los años juveniles	13
Experiencia del desierto y comienzo de una trayectoria literaria:	
Jerónimo hagiógrafo	16
Entre Antioquía, Constantinopla y Roma	17
De Roma a Tierra Santa: estancia y muerte en Belén	25
Un balance final	29
La obra	33
Jerónimo, autor de <i>Vitae</i> monásticas	33
<i>Leitmotivs</i> de la hagiografía jeronimiana	37
Milagros, demonología y praxis de vida ascética	42
Popularidad y difusión de las obras	47
<i>Bibliografía</i>	49

TRADUCCIÓN Y COMENTARIO

Vida de Pablo	63
Introducción	63
Vida	69
Vida de Malco	81
Introducción	81
Vida	87
Vida de Hilarión	99
Introducción	99
Vida	107
<i>Apéndice 1.</i> Noticias de Sozomeno sobre Hilarión	139
<i>Apéndice 2.</i> Los desplazamientos de Hilarión	143

INTRODUCCIÓN GENERAL

Pocos personajes de la Antigüedad cristiana nos son tan bien conocidos en cuanto a su vida y obra literaria como Eusebius Sophronius Hieronymus, san Jerónimo. No obstante, al estudioso del siglo XXI le resulta difícil emitir una valoración objetiva sobre su compleja personalidad. A pesar de haber disfrutado de fama de santidad incluso antes de su muerte y de gozar de culto y popularidad desde muy pronto, su temperamento irascible, su conducta orgullosa y sobre todo su pluma cáusticamente afilada para cuantos consideraba enemigos, esbozan los rasgos de una fisionomía humana que encaja difícilmente en la imagen tradicional del *vir sanctus*. Podríamos decir que no supo tener en cuenta, aplicándola a sí mismo, la severa sentencia expresada en una carta a su amigo Heliodoro: «De toda palabra ociosa que hablen los hombres, tendrán que rendir cuenta el día del juicio, y la sola injuria a un hermano es un crimen de homicidio» (*Ep.* 14, 9). Muchas fueron entre sus contemporáneos las víctimas de simbólicos «crímenes de homicidio» perpetrados por el futuro doctor de la Iglesia, entre ellas Ambrosio de Milán o el mismo Agustín de Hipona, con los que mantuvo ásperos enfrentamientos epistolares. Sin embargo, el segundo, cuando recibió la noticia de su muerte, no tuvo reparos en hacer público un juicio ecuánime sobre el perfil intelectual del Dálmata: «Y no pienses que se debe despreciar al santo Jerónimo, experto en lengua latina, griega y hebrea y en las letras sagradas, que, después de pasar de la Iglesia de Occidente a la de Oriente, hasta su vejez última vivió en los Lugares Santos, y leyó a casi todos los que antes de él habían escrito algo sobre doctrina eclesiástica en ambas partes del Ecúmene» (*Contra Iul.* I, 7, 3). Los investigadores modernos, por lo general, no han sido tan indulgentes con Jerónimo como lo fue el obispo de Hipona. Los católicos se han visto sumidos en más de una situación embarazosa. Es el caso de un estudioso que dedi-

có la mayor parte de su vida científica a la obra jeronimiana, el franco-piamontés F. Cavallera, a quien pertenecen estas palabras:

Es de lamentar que, una vez terminadas sus controversias, no mostrara grandeza de alma. Es difícil no considerar como la verdadera medida de sus sentimientos ciertas frases que nunca debieron salir de sus labios: las grandes caricaturas de Orígenes y de Rufino de Aquileya, o la afirmación de que solo la noticia de la muerte de este último —«el escorpión», «la hidra de las mil cabezas»— en Sicilia, fue capaz de despertarlo de la tristeza en que le había instalado la noticia de la toma de Roma, dándole fuerzas para levantarse y continuar los trabajos por largo tiempo descuidados...¹.

Baste decir que el editor español de las *Epístolas*, D. Ruiz Bueno, defensor a ultranza del santo, reconoció este juicio como «sereno, todo equilibrio y sensatez»². Para no dilatar la relación de opiniones que podría ser muy larga, hago más las diplomáticas palabras de G. Lanata: «Fue un hombre ‘verdadero’, aunque poco ejemplar»³. Exigente consigo mismo e inflexible con el prójimo, inamovible en sus posturas y rencillas hasta ser implacable, Jerónimo ha sido descrito por Wiesen, autor de una monografía clásica sobre esta poliédrica figura, como una *anima naturaliter satirica*⁴ cuya vehemencia dialéctica y sarcasmo mordaz le hacían proclive, tanto en las experiencias vitales como en las que marcaron su trayectoria de polígrafo culto, a la polémica y la discusión. «Meticuloso, specioso, inflexible», como quizás diría de él Cristina Campo, Jerónimo fue un intelectual orgulloso e incansable que supo ver el blanco y el negro, pero no la urdimbre prudente de los grises.

1. F. Cavallera, «The Personality of St. Jerome», 1952, p. 19. [Los datos completos de los trabajos citados figuran en la Bibliografía, *infra*, pp. 49-59].

2. D. Ruiz Bueno, *Cartas de San Jerónimo*, 1962, vol. I, p. 23, n. 13. La benevolencia con que han intentado juzgarle muchos críticos modernos me recuerda el juicio que H. Leclercq, editor francés de la *Histoire des conciles* de C. J. Hefele, emitió sobre otro santo más polémico aún, Cirilo de Alejandría: «Un historiador imparcial no debería reprobar a Cirilo tantos esfuerzos por hacer triunfar la ortodoxia» (C. J. Hefele, 1908, II, p. 399). Se trata de juicios que yo llamaría «eclesiásticos», como el que recogió H. Küng en sus *Memorias* sobre el papa Pío XII: «Ciertamente fue un hombre de Iglesia, pero no un santo» (*Libertad conquistada*, Trotta, Madrid, 32004, p. 150).

3. G. Lanata, *Jerónimo: Vite di Paolo, Malco e Ilarione*, 1975, p. 26.

4. D. S. Wiesen, *St. Jerome as a Satirist*, 1964.

EL AUTOR: UNA BREVE BIOGRAFÍA

Los años juveniles

Jerónimo nació hacia el año 346 —la fecha exacta, hoy generalmente admitida entre 345-347, ha dado lugar a debates⁵— en Estridón, pequeña ciudad destruida pocos años después por los godos de Alarico y por ello no identificable con precisión, en la actual Eslovenia. En aquella época el territorio formaba parte de la provincia romana de Dalmacia, por lo que suele ser denominado el Dálmata o el Estridonense. Sus padres, pertenecientes a acomodadas familias cristianas, pudieron enviarlo a Roma para realizar sus estudios. En la Urbe tuvo la fortuna de disfrutar como profesor de uno de los literatos más célebres y reputados de la época, el gramático Donato, el mayor especialista que la Antigüedad conoció sobre la obra de Virgilio, mencionado siempre con devoción afectuosa (*praeceptor meus*). El joven Jerónimo se entregó con gran entusiasmo al conocimiento de los autores clásicos, griegos y especialmente latinos, que generaron en él una admirada pasión que no le abandonará nunca, y que tiene un espléndido reflejo en sus epístolas y obras de juventud como las que aquí presentamos. El dominio de la retórica era entonces el primer requisito exigido a un joven para ocupar una magistratura política o un puesto relevante en la administración del Imperio. Se trataba de un tipo de formación que su coetáneo Agustín definió muy acertadamente como *sermonem facere quam optimum et persuadere dictione* («componer los mejores discursos y persuadir con la palabra»)⁶. Efectivamente, gracias al estudio de los clásicos —«las agudezas de Tertuliano, los ríos de elocuencia de Cicerón, la gravedad de Frontón y la suavidad de Plinio...» (Ep. 125, 12)— Jerónimo logró transformarse en un consumado maestro en el dominio del arte del bien hablar y del bien escribir. Pero, como el joven Agustín en Cartago, el Dálmata se entregó en Roma, con igual fogosidad, a los placeres y diversiones que ofrecían las metrópolis de la época: circo, teatro, anfiteatro, termas, banquetes y mujeres, *voluptates* de las que se arrepentirá hasta el final de su vida desde el momento en que abrazó la vida monástica⁷. Lo recordará después de su primera estancia como anacoreta en el desierto de Siria en estos términos: «Yo, que por miedo al infierno

5. P. Jay, «Sur la date de naissance de saint Jérôme», 1973, pp. 262-280.

6. Lo escribe el Agustín que, una vez convertido, reprochará a su padre en las *Confesiones*, mediante un hábil juego de palabras, que, a pesar de disponer de escasos recursos en cuanto humilde curial de la pequeña ciudad de Tagaste, se preocupase únicamente de que *dummodo essem desertus, vel desertus a cultura tua* («solamente de que yo fuese desierto, o más bien desierto de Tu cultura [la divina]», *Conf.* II, 2, 5).

7. P. Monceaux, *Saint Jérôme*, 1932.

me había encerrado en aquella cárcel, compañero solo de escorpiones y fieras, me hallaba a menudo metido entre las danzas de las muchachas (*saepe choris intereram puellarum*)» (*Ep.* 22, 7). Esa conducta volcada en los atractivos de la vida mundana, «el resbaladizo camino de la juventud por el que me había deslizado» (*Ep.* 7, 4), cuyo recuerdo se insinuaba a menudo en sus pensamientos, siempre permanecerá como un oscuro miasma que tratará de borrar por temor al juicio final y al castigo divino; un temor, casi una obsesión, que quizás explique algunas de las muchas contradicciones de su vida.

Tras completar su formación en Roma, hacia 367, se dirigió a Tréveris (Trier), sede entonces de la corte del emperador Valentiniano I, con la idea de iniciar una carrera en la administración junto a algunos compañeros de estudios en la Urbe, como Rufino de Aquileya y Bonoso, amigo fraterno desde la infancia. Se dio la circunstancia (casi una coincidencia arcana y providencial) de que algunos años antes en la ciudad gala había vivido exiliado el obispo Atanasio de Alejandría. Fue este quien dejó al joven Jerónimo una valiosa herencia espiritual con la que no contaba: la *Vida* de Antonio⁸, el primer anacoreta del desierto de Egipto, que acababa de ser traducida del griego al latín, y que se imprimió en el corazón del joven como un sello y una vocación. La obra alcanzó con rapidez una enorme popularidad y estimuló a muchos cristianos a emprender el camino de la vida ascética siguiendo los pasos del admirado anacoreta. Jerónimo, Rufino y Bonoso experimentaron el mismo impulso y decidieron imprimir un giro radical a sus vidas, no sin la oposición de las respectivas familias. Todos abandonaron pronto Tréveris entrando a formar parte de una comunidad ascética en Aquileya, importante *civitas* cercana a la laguna véneta, bajo la dirección del obispo de la ciudad, Cromacio⁹. De este cenáculo espiritual —un *chorus beatorum*, como lo define el mismo Jerónimo— formaron parte otros jóvenes brillantes que también tendrán un protagonismo significativo en la vida del Estridonense, como es el caso de Evagrio, o de Heliodoro, este último futuro obispo de Altino, además de los ya citados Rufino y Bonoso. El grupo no tardó en disolverse por un episodio que permanece desconocido —nuestro autor habla de un «huracán repentino»—, pero la mayoría de esos jóvenes apasionados optó por la vida monástica eligiendo o Egipto u Oriente (aparte de Bonoso, que se refugió en una pequeña isla del Adriático) como escenarios privilegiados para llevarla

8. Me serviré de las siguientes abreviaturas de las *Vidas* que vamos a citar o traducir: VA: *Vida de Antonio* de Atanasio; VPau: *Vida de Pablo de Tebas*; VMal: *Vida de Malco*; VHil: *Vida de Hilarión*.

9. Muy estimado por Jerónimo, Cromacio es habitualmente calificado de *sanctus* y *doctus* por él Estridonense (cf. C. Corsato, «Cromazio ed Eliodoro tra Girolamo e Rufino», 2008, pp. 280-285).

a cabo. Rufino se trasladó a Egipto primero y a Jerusalén después, Heliodoro fijó su residencia en la Ciudad Santa, Evagrijo en Antioquía de Siria, y con él se fue también Jerónimo. El viaje por tierra, casi un periplo a través de Ilírico, Tracia, Bitinia, Ponto, Galacia, Capadocia, lo llevó hasta la capital de la diócesis siríaca.

Como ha escrito Italo Calvino, cada ciudad recibe su forma del desierto al que se opone. El destino de ese joven cuyos padres auspiciaban una serena y estable carrera de funcionario público, no era tanto la palpitante metrópolis tardoantigua, sino el vecino Chalcidis desertum (Desierto de Calcis), al sur de Alepo¹⁰, marco de una nutrida comunidad de monjes entregados a la vida semieremítica. Jerónimo acudió acompañado de su propia biblioteca reunida en Roma con muchos esfuerzos y tesón (*Ep.* 22, 30), y de sus copistas, por lo que su forma de vida y sus experiencias en aquel lugar fueron muy diferentes a las de la mayoría de sus compañeros. Además, muy pronto su temperamento intransigente y su refinada erudición chocaron frontalmente con la rusticidad de los anacoretas que le rodeaban: «Antes de hablar contigo de mi fe que conoces perfectamente —escribió— no tengo más remedio que clamar contra la barbarie de este lugar» recurriendo, para ilustrarlo, a Virgilio (*En.* I, 539-544), lectura bastante alejada de las inquietudes de sus compañeros (*Ep.* 17, 2). Rodeado de desconfianzas, experimentó la soledad a la que se sustraía escribiendo afectuosas cartas a los compañeros lejano suplicándoles que continuamente le enviaran nuevas lecturas.

Blake escribió que a nadie le resulta fácil «to see a world in a grain of sand» («ver un mundo en un grano de arena»)¹¹. Para Jerónimo, el desierto entrañaba ejercicio espiritual, disciplina, rezo, pero no necesariamente una mortificación de sus exigencias y responsabilidades intelectuales. Por ello, y para vencer las tentaciones, perfeccionó con provecho sus conocimientos del griego y, gracias a su obstinada curiosidad, aprendió el hebreo bajo la guía de un judío converso:

Estando recluso entre las fronteras del desierto, no podía soportar el aguijón de los vicios y la fogosidad de mi naturaleza. Procuraba doblegarlos con frecuentes ayunos, pero mi imaginación era un hervidero de pensamientos. Para domarla, me hice discípulo de un hermano hebreo que se había convertido, y me puse a aprender el alfabeto hebreo y a ejercitarme en la pronunciación de vocablos fricativos y aspirados. Cuánto trabajo consumí en ello, por cuántas dificultades pasé, cuantas veces me desanimé, cuántas de-

10. La ciudad que Plinio llama Calcis de Belum (lat. Chalcis ad Belum) se llama en árabe Qinnasrîn, topónimo derivado del arameo Qenneshrin, que significa «nido de águilas». Este nombre se utiliza actualmente para indicar un yacimiento arqueológico situado a 40 km al suroeste de Alepo.

11. W. Blake, *Auguries of innocence*, 1803.

sistí para volver a pasar de nuevo por el deseo de aprender, de todo ello me es testigo mi conciencia, y no solo la mía, aunque era yo quien pasaba por ello (*Ep.* 125, 12).

Sumergido por lo tanto buena parte de su jornada en el estudio de los textos sagrados, con la certeza de «poder recoger, con la ayuda de Dios, frutos dulces de semillas amargas» (*Ep.* 125, 12), vivió ese bienio de solitario más como una continuación de su etapa formativa que como el ejercicio de ascesis de un anacoreta.

*Experiencia del desierto y comienzo de una trayectoria literaria:
Jerónimo hagiógrafo*

Se explica así que su experiencia en la Calcis fuese corta y llena de aquellas contradicciones que serán una constante a lo largo de su vida. De los primeros momentos de su estancia entre los parajes montañosos de Siria se conservan, como decía, algunas cartas a los viejos amigos —en especial a Heliodoro, residente entonces en Jerusalén— en las que, a pesar de las dificultades, se esfuerza por sublimar la elección anacorética («lugares habitados por milicias de santos, a semejanza del paraíso» [*Ep.* 2, 1]) en una línea marcada por otros autores, como es el caso del anónimo redactor de la *Historia monachorum in Aegypto*:

He visto [...] a muchos monjes que llevan una vida angelical, que siguen las huellas del Señor nuestro Salvador y que, como nuevos profetas, por su conducta inspirada, maravillosa y virtuosa, muestran poseer una potencia divina [...] Algunos de ellos no saben que en la tierra hay otro mundo, que la maldad se introduce en las ciudades [...] Puedes verlos, dispersos por los desiertos, esperando a Cristo, como los hijos legítimos esperan a su padre, como un ejército espera a su rey, o como siervos devotos esperan a su señor y liberador¹².

Influido por las apasionadas lecturas de los clásicos y por aspiraciones muy extendidas en los ambientes aristocráticos cultos de la capital de Occidente, ensalzaba Jerónimo en tonos idílicos las bondades del abandono de la vida en la ciudad y los placeres de un apacible *otium* disfrutado no en el campo¹³, como era habitual, sino entre parajes inhóspitos, destacando en sí mismo la verdadera condición del *vir christianus* por el cual, como señalaba a mitad del siglo II el anónimo autor del *Ad*

12. Anónimo, *Historia monachorum in Aegypto*, 2010, Prólogo, pp. 5-7.

13. «Contemplarás el desierto, ciudad más hermosa que cualquier otra...» (*Ep.* 2, 1); «¿Hasta cuándo los tejados te oprimirán con su sombra? ¿Cuánto permanecerás aún encerrado en la cárcel de ciudades ahumadas?» (*Ep.* 14, 10).

Diognetum (V, 5), «cada país extranjero es patria, cada patria es país extranjero». Se trataba de una elección que la clase culta pagana no estaba preparada para comprender. A principios del siglo V el poeta pagano Claudio Rutilio Namaciano se confesará incapaz de entender la iniciativa de vivir en las antípodas de esa realidad irrenunciable representada en el mundo antiguo por la ciudad. En un viaje marítimo que desde el puerto de Ostia lo conducía hacia su Galia natal, bordeando la isla de Capraia, Rutilio la veía triste y escuálida, poblada por *lucifugi viri* que vivían su opaca existencia huyendo del consorcio civil. Despreciaba a esos extraños monjes que rechazaban los dones de la fortuna temiendo sus golpes, que se hacían infelices por miedo a serlo, «locos, presos voluntarios que inflan sus entrañas de hiel»: no acaso los asemejaba a Belerofonte, el despreciador de la humanidad (*De Reditu* I, 439-452). Para Jerónimo, la vida eremítica era un ideal de perfección hecho de *solitudo*, *abstinentia*, *humilitas* y *paupertas*. Pero la experiencia de esa tan buscada, solitaria lejanía apenas durará dos años, de 375 a 377, cuando abandonó el desierto criticando la que consideraba una vida salvaje, más propia de los sarracenos que por allí merodeaban en sus correrías que de personas civilizadas. Con todo, lejos de perder el tiempo, durante la estancia inauguró su trayectoria de escritor prolífico. Constatado el éxito extraordinario de la VA de Atanasio y el imán que el texto había significado para atraer vocaciones al ascetismo, hizo la primera exhibición de sus dotes literarias con la redacción de una vida de otro anacoreta del desierto egipcio capaz de rivalizar con la de Atanasio. Si Antonio representaba el héroe que imitar por la dureza de sus penitencias, las luchas contra el diablo y una longevidad más que centenaria, Jerónimo plasmó un personaje que lo superase en todos estos aspectos y, lo que es más importante, que fuese aceptado como pionero, predecesor (*caput*) e inspirador de Antonio mismo. Surgió así la *Vida de Pablo* de Tebas (*VPau*), hombre santo a quien Antonio habría encontrado poco antes de morir reconociéndolo en todo superior a sí mismo hasta el punto de proclamarse, en comparación con él, casi un «falso monje». A pesar de no lograr oscurecer el éxito de público lector de la obra atanasiana, la primera *Vida* escrita por el joven Jerónimo también alcanzó una intensa popularidad, en especial entre las élites cristianas de Roma, adonde el Estridonense retornará tras haber convertido a su héroe Pablo en el heraldo del monacato occidental.

Entre Antioquía, Constantinopla y Roma

Antes de volver a Occidente, Jerónimo permaneció por algún tiempo en Antioquía, donde perfeccionó su formación teológica escuchando las lecciones de Apolinar de Laodicea, un brillante teólogo y exégeta,

den explicarse las frecuentes alucinaciones —mujeres desnudas, lobos, zorros, gladiadores— que de noche y de día sufrían muchos anacoretas como Hilarión a modo de asechanzas diabólicas (*VHil* 3, 10-11). La reacción del joven asceta era golpearse el pecho y tratar su cuerpo como si fuese un asno:

Oh, pequeño asno, te haré soltar coces; no te daré de comer cebada, sino paja; te debilitaré a base de hambre y de sed; te haré cargar con pesados fardos; te torturaré mediante el calor y el frío para que pienses en la comida y no en la lujuria (*VHil* 3, 4).

Se trata de una expresiva metáfora de las penitencias a las que el monje sometía su cuerpo en su lucha permanente con Satán. Como hemos escrito en otra ocasión, estos anacoretas de las antiguas biografías son presentados como «hombres celestiales o ángeles terrenales, muertos en vida o vivos en la muerte, que lograron una victoria imposible sobre la naturaleza haciendo de su existencia terrenal un anticipo de la celestial»⁹⁶.

Popularidad y difusión de las obras

El éxito y la popularidad de cada una de las *Vidas* fueron inmediatos. Agustín, Sulpicio Severo y Juan Casiano lo atestiguan en el caso de la *VPau*, que pronto fue traducida al griego y al copto, al igual que la *VMal* lo fue al griego y al siríaco. En su *De viris illustribus* escribe Jerónimo que un tal Sofronio había traducido al griego la *VHil*: desconocemos si se trata de una de las muchas versiones a esta lengua que han llegado hasta nosotros. La difusión de las tres hagiografías recibió un notable impulso por ser mencionadas en el *Decretum Gelasianum* del siglo VI —así llamado porque fue atribuido erróneamente al papa Gelasio— como lectura recomendada a los fieles por la Iglesia romana (*cum honore suscipimus...* [«recibimos con honor»]). Llama la atención que en el documento se atribuya también a Jerónimo la *VA*, quizá por creerse que había sido traducida por él, mientras, en contrapartida, no se menciona la *VMal*. Durante el Medievo la mejor prueba de que su popularidad no había decaído la constituye la multiplicación de los códices latinos que se difundieron con gran rapidez. En una edición como la presente que oblitera el aparato crítico no considero necesario dar cuenta de los numerosos estudios dedicados a la tradición textual, con la excepción del más completo que menciona 471 manuscritos de la *VPau*, 346 de la

96. *Ibid.*, p. 26.

VMal y 282 de la VHiI⁹⁷. En la Edad Media se multiplicaron también las traducciones al árabe, al copto, al siríaco, al armenio y al etiópico.

El impulso más fecundo para la difusión y popularidad de los tres relatos vino sin duda de su inclusión, a mediados del siglo XIII, en la *Leyenda áurea* de Jacobo de Varazze (o de la Vorágine) —un culto dominico que fue nombrado arzobispo de Génova—, que les aseguró el favor entusiasta del público medieval. Esta recopilación de narraciones hagiográficas fue uno de los libros más copiados de todos los tiempos, como indica el hecho de que todavía hoy día se conserven más de un millar de ejemplares incunables. Podríamos decir que fue un *bestseller* del mundo cristiano medieval que, tras la invención de la imprenta, conoció innumerables ediciones que lo consagraron como una de las obras de mayor divulgación a nivel universal. En una reelaboración efectista que buscaba la comprensión inmediata por parte del pueblo sencillo y hambriento de milagros, las *Vidas* de la *Leyenda áurea* añadían al texto de Jerónimo episodios novelescos capaces, durante siglos, de fascinar tanto a los lectores del Occidente cristiano como a los artistas que encontraron en sus páginas inagotables motivos de inspiración.

Pronto comenzaron a aparecer también traducciones a las lenguas vernáculas y nacionales que continúan hasta nuestros días. Entre las traducciones al italiano vulgar no podemos dejar de mencionar la realizada en el siglo XIV por el genio y la sensibilidad de Domenico Cavalca, inspiradora de la representación de la Tebaida en el Campo Santo de Pisa, «estímulo ininterrumpido de las más refinadas formas de la experiencia religiosa, y lectura apasionante [...] para un público muy variado por cultura y extracción social»⁹⁸.

Por la calidad de su prosa literaria las tres *Vidas* gozaron de mucho prestigio entre los humanistas, sobre todo a partir de la edición de Erasmo de Róterdam⁹⁹, aunque en el mundo católico su influencia declinó a raíz de la inclusión de todas las obras del holandés en el Primer Índice de libros prohibidos elaborado por la Santa Sede durante el pontificado de Paulo III. Su gran difusión en época moderna se debió a su publicación en la *Patrologia Latina* de Migne (PL 23) en 1845 sobre la base de la edición crítica comenzada en París en 1693 por Martianay. Con posterioridad las *Vidas* fueron editadas de nuevo en las *Acta Sanctorum* (AASS).

97. B. Lambert, *La tradition manuscrite des oeuvres de saint Jérôme*, 1969, pp. 481-514.

98. C. Delcorno, *Domenico Cavalca, Vite die Santi Padri*, 2009, cap. x.

99. La *Vida de Jerónimo* de Erasmo es casi «una *oratio*, un discurso epidíctico y fo-
rense», en la que el autor defiende la causa de Jerónimo, pero sobre todo la de la verdadera teología y de las *bonae litterae*. Para el gran humanista, la biografía del Dálmata es también, de alguna manera, una apología *pro vita sua* (V. Pastor Julián, «Erasmo, biógrafo de san Jerónimo», 2020-2022, pp. 412-444).

INTRODUCCIÓN GENERAL

La traducción al español que aquí ofrecemos está basada en la edición crítica publicada en la serie *Sources Chrétiennes*, n.º 508¹⁰⁰. He tenido en cuenta también la edición italiana de la Fondazione Lorenzo Valla¹⁰¹ y, para la *Vida de Malco*, la edición crítica de Gray¹⁰². La única traducción al español que he manejado es la de Bejarano¹⁰³.

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones y traducciones

- Antin, P. (1977), «Vies de saints moines: Paul de Thèbes, Malc et Hilarion»: *Supplément à Lettre de Ligugé* 185, pp. 3-11.
- Bejarano, V. (2002), *Vidas de tres monjes*, trad. esp., Madrid, pp. 546-595.
- Degórski, R. (1996), *Vite degli eremiti Paolo, Ilarione e Malco*, introd., trad. it. y notas, Roma.
- Ewald, M. L. (1952), *St. Jerome's Life of St. Paul the First Hermit, of Hilarionis, of Malchus*, Washington.
- Fuhrmann, M. (1983), *Christen in der Wüste: drei Hieronymus-Legenden*, trad. alem. y comentario, Zúrich y Múnich.
- Grandi, G. (2015), *San Girolamo, Tre eroi del deserto*, Praglia (PD).
- Gray, G. (2015), *Jerome, Vita Malchi*, introd., trad. ingl. y comentario, Oxford.
- Hilberg, I. (ed.) (1910-1918), *Sancti Eusebii Hieronymi epistulae*, Viena y Leipzig.
- Labriolle, P. (1907), *Vie de Paul de Thèbes et vie d'Hilarion*, París.
- Lanata, G. (1975), *Gerolamo: Vite di Paolo, Malco e Ilarione*, trad. it., Milán.
- Leclerc, P. et al. (2007), *Jérôme: Trois vies de moines (Paul, Malchus, Hilarion)*, París.
- Mohrmann, Ch. (2003 [1975]), *Vita di Martino. Vita di Ilarione. In memoria di Paola*, ed. y trad. it., Florencia.
- Ruiz Bueno, D. (1962), *Cartas de San Jerónimo*, trad. esp. y ed., 2 vols., Madrid.
- White, C. (1998), *Life of Malchus by Jerome*, ed. y trad. ingl., en *Early Christian Lives*, Londres.

Estudios críticos

- Acerbi, S. (2010), «La naturaleza del monje: elementos de una geografía espiritual», en S. Montero y M. C. Cardete (eds.), *Usos y abusos del medio natural. Naturaleza y religión en el mundo clásico. Actas del V Seminario Hispano-Italiano de historia de las religiones*, Madrid, pp. 259-272.

100. P. Leclerc et al., *Jérôme: Trois vies de moines*, 2007.
101. Ch. Mohrmann, *Vita di Martino. Vita di Ilarione. In memoria di Paola*, 2003.
102. C. Gray, *Jerome, «Vita Malchi»*, Oxford, 2015.
103. V. Bejarano, *Vidas de tres monjes*, 2002, pp. 546-595.